



De la telenovela "Mi amor el guachimán" a la obra de teatro "La eternidad en sus ojos", Adrianzén cubre la cotidianidad del Perú en tiempo presente.

Vivir para escribir

UNA ENTREVISTA A EDUARDO ADRIANZÉN POR DANIEL SILVA*

En este mundo nada es seguro, excepto la muerte y los impuestos. Algo más que es seguro es que en algún lugar, algún elenco de teatro está representando una de las obras de Eduardo Adrianzén. Este año han estado en Brasil y México, en nuestra cartelera actual figuran dos de sus creaciones (El día de la luna y Espinas), una tercera acaba de terminar temporada (Nido de palomas), La eternidad en sus ojos fue una de las mejores de la primera parte del año y en agosto presentó su último trabajo (Cómo crecen los árboles) en un homenaje que el teatro La Plaza le brindó. Nuestro dramaturgo peruano más representado de los últimos años no se detiene.

Y, sin embargo, Eduardo no vive de eso. "Siempre me he ganado la vida escribiendo guiones de televisión. Hace veintiocho años." Es en lo que trabajaba antes de que yo llegara. "Este capítulo es una historia sobre burriers. Necesito un título que le haga justicia, pero que no suene muy huachafó." Al lado una pareja acaba de pedir el almuerzo. Estamos en un café miraflorentino, es la hora.

"También me he dedicado a enseñar. Me gusta sentir que hago lo posible para que las nuevas generaciones trabajen bonito. Es importante compartir conocimiento, porque, felizmente, después de que tú te mueres, cuando te retiras y ya no estás, siempre hay gente que sigue trabajando. Eso me consuela mucho. Sería horroroso que todo termine con uno." La pareja de al lado ha terminado su entrada y mira de reojo. Quieren saber quién es este tipo.

"Al teatro entré porque me dio la gana. Nadie le pide a nadie que haga teatro. Había estado escribiendo diez años para la televisión, tenía otras preocupaciones, quería otros públicos. Creo que también era algo más personal, no lo sé. Pero el 95% de las cosas que me he comprado en mi vida profesional han sido gracias a hacer televisión."

Adrianzén le atribuye gran parte de su éxito a la suerte y a la generosidad de otros. "Augusto Tamayo me jaló como asistente para trabajar en *Carmín* y lo que yo hice fue prenderme de esa ubre, decidido a no soltarme hasta que me saquen. Por rating o por pesado. Es casualidad y no es casualidad, porque yo busco las cosas, yo voy a donde revienta el cohete. Pero si la noche que conocí a Tamayo no hubiésemos hablado de literatura, quizá nada hubiese de esto hubiese pasado."

Aunque parezca difícil de imaginar ahora, Adrianzén es bachiller en Derecho por San Marcos. Se hizo buen amigo de quienes llama "los poetas y literatos borrachos", escribió un libro de cuentos

* Comunicador audiovisual por la PUCP y dramaturgo. En 2012 ganó el IV Concurso de Dramaturgia Peruana.

y llevó cuantos talleres pudo. “Entré a Derecho porque quería ser diplomático. Y porque no fui lo bastante valiente para estudiar literatura. Necesitaba quitarme la angustia de estudiar una carrera que no me pueda dar solidez. Siempre he tenido mucho temor de la vida a la deriva, de no saber qué será de mí. Desde bien chiquito he querido vivir con dignidad, vivir de verdad. Y estudiar derecho te da cierta garantía emocional.”

Pese a que su padre es médico, nunca quiso seguir esos pasos. Las carreras que rondaban el universo de Eduardo tenían que ver con humanidades y ciencias sociales. Estudiar comunicaciones en esa época le parecía inalcanzable: solo se dictaba en una universidad y era cara. “Yo no me atrevía a pedirle plata a mis viejos para estudiar una carrera cara. Y no por ellos, era algo mío. Me parecía que a los dieciocho años debía trabajar y ganarme mi plata. Ya tenía que ocuparme de mí mismo.” Llegan los pedidos. Un jugo de fruta para mí y un pan con huevo para él.

“No me gustaba estudiar, creo que nunca me ha gustado. Pero me encanta investigar. Solamente estudiaba para independizarme. Y siempre aquí, nunca en otro país. Siento que la gente que se fue pensaba que allá iba a tener mucho más y a mí nunca me ha importado tener más de lo necesario para vivir. Si yo tuviese un sueldo de un millón de dólares, pediría el mismo pan con huevo que estoy comiendo.

Sería igual de rico. No entiendo para qué matarme por más.”

En una época en la que las jóvenes promesas del mundo audiovisual se morían por hacer cine, Adrianzén se mantuvo en su sueño de la infancia: escribir telenovelas. “Casi siempre he podido escoger lo que he hecho. Eso te cierra varias puertas, varias posibilidades, pero te da la ventaja de realmente responder por tu pellejo y nada más. Además, ¿si no hago lo que quiero, cuál es el sentido de hacerlo?” Vive solo hace varios años. Pasa solo la mayor parte del día, y le parece normal. A la mesa de al lado acaba de llegar una lasaña. La mujer mira a Eduardo siempre que puede. Se imagina que es alguien importante, pero no sabe quién.

“Yo estoy diseñado para vivir solo. Lo contrario me asusta. Y más viejo te haces, peor. Cuando he pensado que moría, solamente esperaba que no me duela. Pero la idea de morir solo me daba tranquilidad.”

Creo reconocer varios síntomas de un solitario en Adrianzén. “Yo no he aprendido nada en el colegio. Todo en mi casa. Felizmente nació en una casa-biblioteca. Todo estaba ahí, me he criado como los griegos.” Solitario o no, Eduardo se lleva bien con casi todos. La fórmula es simple: no muerde la mano que lo alimenta, no reniega del trabajo que hace. Nadie lo ha oído hablar mal de algún colega, no pretende hacer más de lo que hace. “En la televisión, tu discurso tiene que entenderlo todo el mundo, no puede ser

demasiado sofisticado. No está bien si eso pasa. Y eso no tiene que ver con que el guión sea bueno o malo. El teatro es otro rollo, es otra cosa. Ahí sí haces un papelón si eres muy ligero. Pero tampoco quiere decir que no me exprese en la televisión. Por ejemplo, si uno ve *Conversando con la Luna*, en canal 7, ahí está todo lo que yo pienso en la vida. He hecho muchas cosas en televisión que tienen que ver con ideas mías. Y también hay series como *Mi amor el wachimán*, donde busco divertirme más que otra cosa, reírme un poco. Pero nunca me creo superior al trabajo que estoy haciendo. Si fuese así no lo haría.”

La chica de al lado ya no mira de reojo, ha perdido la vergüenza y escucha atentamente. Ya no duda que este señor escribe varias de las series que disfruta de noche. “No me preocupa si alguien sabe quién soy. Soy un escritor, nada más. Eso es lo que dice mi pasaporte. Que sea malo, bueno, regular, práctico, funcional, lo que fuere, son adjetivos que no me competen. Yo vivo de escribir. Es mi vida, mi rutina. Me causa mucho placer. Puedo estar estresado o cansado, pero no sufro. Nunca es una tortura. Soy hedonista. ¿Eso me hace egoísta? Todo hedonista es egoísta. Pero uno viene a la vida a ser feliz. Mi trabajo involucra a mucha gente: escribo para actores, técnicos y todos los involucrados. Es como ser parte de un equipo de fútbol. Me encanta la idea de generar trabajo. Soy buen ferrocarril, siento que puedo jalar cosas. Eso te da una sensación

de pertenencia. Puede que pase mucho tiempo solo, pero me encanta la sensación de pertenencia.”

Es directo y dice las cosas sin rodeos. Hablando con él uno pensaría que lo que hace es simple y que cualquiera podría escribir un éxito. “Mi único objetivo siempre ha sido que lo que escribo te haga generar una opinión propia. No la mía sino la tuya. Aunque pienses que lo que has visto es una idiotez. No puedo aspirar a más, no creo que vaya a cambiar el mundo ni nada de eso. No soy tan utópico. El mejor momento de mi vida fue un día en el que pude ver a cien señoras llorando a mares en un set de televisión mientras veían algo que yo había escrito. Me pareció muy chistoso, porque mientras yo escribía esa escena había marcado el momento en el que iban a llorar. Y así fue. Con eso basta. En televisión la manipulación es la regla. Un escritor que no sabe manipular emociones en televisión está haciendo mal su trabajo. En el teatro es al revés. El que manipula emociones en el teatro es un tramposo.”

Hay mucha madurez en sus palabras, es inevitable sentir una calma, una tranquilidad penetrante. “Yo siempre me muevo para que las cosas pasen, pero no ando pendiente de cuándo van a pasar. Hago lo que tengo que hacer para mantenerme con dignidad. La crítica siempre depende de quién venga y de cómo venga. La única responsabilidad que yo tengo es hacer lo mejor que puedo.



Ernesto Jiménez

El terror político es una constante background de su obra teatral.

Cuando era joven, veía que varios amigos compartían la misma preocupación: ser trascendentes. Yo llegaba a mi casa y no entendía de qué me iba a servir ser trascendente si iba a estar muerto. ¿De qué te sirve que te lean en cien años y digan que eres lo máximo, si la pasaste fatal cuando estabas vivo? Para mí, eso es una fantasía. Desde que dejé de preocuparme por eso me quité un gran peso.”

Lo acusan de hacer demasiada política, de polarizar con sus obras. Eduardo no le huye a la responsabilidad. “Siempre me han interesado mucho los dilemas morales. Las oposiciones entre correcto e incorrecto, bueno o malo. Lo que ve el otro y lo que ves tú. Es un universo de puntos de vista que chocan. Porque finalmente el mundo es así. Quiero entender a los humanos en su contexto social específico y ser fiel a esas formas de pensamiento. Es bonito obligarte a pensar en otra época. Finalmente, somos producto de eso. Llegas a entender mil cosas. Cosas que no necesariamente vas a compartir, pero sí entender. Siempre tiene que haber un punto de encuentro y convivencia, algo que se pueda rescatar.”

La chica de al lado sonrío, pero le dura poco. “Mi generación es una generación de muertos. Es una cosa que pocos asimilan, pero está llena de muertos por todas partes. Por terroristas, militares, policías, el sida. Uno quiere entender por qué se murió tanta gente. ¿Por qué a mí no me

pasó? Seguro suena estúpido lo que voy a decir, pero una manera de hacerle justicia a la gente muerta es tratando de que por lo menos la entiendan. Me di cuenta rápido, de niño, que yo tenía varias cosas que los demás no tenían. Cuando tenía siete años, trasladaron a mi papá a Barranca. Yo falté muchísimo al colegio, cada vez que me provocaba. Pero allá yo era “el hijo del doctor” y a fin de año me dieron mi diploma solo por eso. Me sentí horrible, me pareció tan injusto. Esas son las cosas que tienen que ver con lo que uno hace. Es el karma del caviar.”

Le pido que se defina, que concluyamos en un breve perfil. “No envidio a nadie. Hay varias cosas que me hubiese gustado hacer y no hice, pero no por eso voy a envidiar a los que sí lo hicieron. La fama y el poder nunca me han impresionado. Yo era de los pocos que no le pedían autógrafa a García Márquez cuando desayunábamos en la Escuela de Cine de Cuba. Pienso que todas las personas son como tú. Todas comen, duermen y se enferman. Por eso no puedo ser fanático.”

La pregunta final es obvia: ¿hay algún método? “Mucha introspección, mucho mirarse adentro, para que salga ‘la pepita del alma’. Tiene que costarte, sobre todo en el teatro y la literatura. Lo que te remueve te motiva.”

Apago la grabadora y volteo para pedir la cuenta. La pareja ya no está. Ha dejado el dinero sobre la mesa. ■